

Al principio, cuando aún era apenas una chiquilla, parecía solo un juego, o una diversión placentera. Cerrados los libros, me complacía construyendo con la fantasía sucesos e historias inventadas por mí, inspirándome, por supuesto, en mis fábulas preferidas. Y aunque las tramas que imaginaba variasen en función del humor de cada día, los protagonistas, por el contrario, se parecían siempre los unos a los otros o bien eran iguales, y casi estaban unidos por estrechos lazos de parentesco. Por supuesto, se trataba siempre de reyes, caudillos, profetas, es decir, gente de altísimo rango. Cuando no llevaban una armadura o un sayo, mis personajes iban vestidos con ropajes increíblemente fastuosos y, aunque no lucieran aureola, casi todos llevaban corona. Pero debajo de toda armadura, uniforme o gala, siempre se podían reconocer las mismas facciones; precisamente las que me eran familiares, pues pertenecían a mis parientes, vivos o muertos, y las de aquellos que, aun no estando unidos a mí por vínculos de sangre, habían dejado una huella profunda, de amor o de odio, en mi pasado. Saberme descendiente o afín a mis héroes me hacía partícipe de su gloria, aunque me mantuviese en la sombra, es decir, aunque yo no apareciera nunca, bajo ninguna circunstancia, en mis ensoñaciones. ¡Qué inigualable linaje! Mi madre había sido una santa, mi padre un gran duque de incógnito, mi primo Edoardo un sultán de los desiertos de ultratumba, mi tía Concetta una reina maga.

Se arraigaron en mí, de este modo, bajo aspectos solemnes que me eran familiares, las máscaras de mis fútiles tragedias. Muy pronto mis fantasías perdieron su carácter fragmentario y distraído, y en secreto tramé día tras día una especie de epopeya que, a pesar de su complicada y enrevesada historia, seguía un único hilo y tenía como protagonistas absolutos a mis héroes familiares.

Así, mi interés por el ejercicio de la fantasía creció y mi extravagante epopeya —que, como algunas novelas publicadas por entregas, no llegaba nunca a un final—, mi extravagante epopeya, decía, me apasionó hasta el punto de que, mientras me adormecía por la noche, anhelaba que llegase pronto la mañana para volver a tomar el hilo de la aventura interrumpida.

En cuanto a las hazañas que concebía, estas eran las menos originales, las más absurdas y vulgares que puedan existir en su género; no vale la pena decir nada al respecto. Basta saber que se caracterizaban por la petulancia y la teatralidad, y por una ostentación indescriptible de fiestas y triunfos. Ya he dicho que mis padres, al morir, me habían dejado un enigma; y que, gracias a este enigma sin resolver, su drama burgués me permitía inventar mil cuentos. Así que, sepultada en mi habitación, soñaba para mis muertos desagravios imposibles, resurrecciones milagrosas; y aunque era evidente bajo cualquier punto de vista que su final había sido solo la señal de un fracaso, ahora, en este cuarto de servicio, recibían coronas de laurel de parte de su hija Elisa.

De más está que diga que no contaba a ningún ser vivo mis fantasías, y que ese secretismo constituía su mayor atractivo y perfidia. Tampoco tuve la tentación de imitar a mis escritores preferidos perpetuando mis visiones sobre el papel; pues la naturaleza más nefasta y aberrante de mi fantasear consistía precisamente en esto, que, como una droga, me privaba de la capacidad de actuar y me arrojaba un estupor extático, durante el cual el tiempo y las leyes naturales dejaban de existir para mí.

Si alguien me hubiera visto inmóvil durante días enteros, soñando con los ojos completamente abiertos, quizá habría creído que estaba inmersa en una meditación sobre lo divino; pues no:

como un bebedor compulsivo, le daba vueltas al enrevesado aquarelle de mis mentiras.

Mentiras para cualquier mente juiciosa, pero no para Elisa.

En efecto, con el paso del tiempo, creí en mis fábulas como en una especie de revelación, y sus personajes ya no fueron sombras para mí, sino almas encarnadas. Mi fe dio cuerpo y forma a su vacuidad: abarrotaron mi cuarto, y este territorio angosto se ensanchó sin límites, alumbrado por sus armas y coronas; sus nombres blasonados, que eran los nuestros, retumbaron contra las paredes. Dotada, casi, de nuevos sentidos para imaginar, veía mis máscaras combatir y amarse ante mí, contemplaba su belleza, escuchaba sus voces moduladas, me recreaba con su porte encantador y su altiva cadencia. En sus aventurados días se consumían los míos, tan pobres de historias, y semejante chiquillada me enardecía como la oración.

Al fin, como un eremita que se mortifica y se aparta del mundo para saborear la conversación con los ángeles, escapé de los vivos, y no quise más compañía que la de estos muertos vestidos por mi imaginación.

Gracias a mi mentira, podía vengarme ahora de los amores no correspondidos, podía saciar mis vanidades más secretas, negras y profundas como infiernos. Solo mis máscaras, estas hidalgas generosas, eran, como yo, amargas, prepotentes y cruelmente desdenosas. Eran mi sangre, mis iguales; ninguna compañía era digna de mí, excepto la suya.

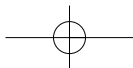
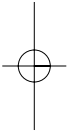
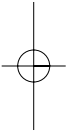
Mi mayor gloria consistía en que, aun creyendo en ellas y profesándome hipócritamente su súbdita fiel, me consideraba su emperatriz, y casi su diosa, y no dudaba en sostener entre los dedos el hilo de sus vidas arrogantes.

Pero aquellos fantasmas se vengaron de mi orgullo, tomándose al mismo tiempo la revancha contra la necia Elisa mediante la razón y la realidad.

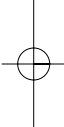
De amigos que habían sido al principio, se volvieron déspotas. Me persiguieron incluso cuando intentaba dormir, a menudo más parecidos a pesadillas que a sueños; día y noche, revolviéndose, listos para el asedio, grandes, astutos, me insinuaron sin tregua sus intrigas, sus engaños crueles. Para pagar el favor de haberme admitido en su casta orgullosa, me impusieron una disciplina que rehuía toda promiscuidad. Si alguna vez, en una fiesta o una reunión, participaba en la conversación y, olvidándome de mí misma, me abandonaba a un rato de distracción, de mundanidad, aparecía inmediatamente uno de mis celosos fantasmas en la puerta. Como un severo maestro de ceremonias que llamase al orden a una damisela poco respetuosa con los ritos de la corte, el Caballero de la Triste Figura me helaba en los labios la risa y la palabra. Gracias a su embrujo, las conversaciones que oía a mi alrededor me parecían de repente estériles, las ocurrencias más simpáticas, insípidas y vulgares, y la gente viva me parecía muerta. No miraba ni escuchaba a nadie, consumiéndome de impaciencia por volver a mi cuarto, con mi fantasma caprichoso, del mismo modo que los amantes se buscan con los ojos entre una multitud de invitados desconocidos, apresurando el momento de intimidad, y ya se emocionan pensando en el próximo abrazo.

Después de haberse presentado como mi consuelo, mi fiesta y mi revancha contra la escalofriante realidad, mis máscaras me impusieron, a cambio de su mundo fantasmagórico, la negación de toda verdad. Me habían librado, es cierto, de mi antigua y dolorosa pasión por mis semejantes; pero al mismo tiempo me vol-

vieron insensible incluso a la simpatía humana, a la caridad, hasta el punto de que, Dios me perdone, no lloré la muerte de mi madre adoptiva. Mi afecto por ella había muerto tiempo atrás y, en lugar de la mujer real, yo amaba a su fantasma, a su doble, una señora sin cuerpo que aparecía a menudo por mi habitación, y cuyo semblante era idéntico al suyo; una señora alegre, exuberante y afectada como mi protectora, pero que a diferencia de ella me era fiel.

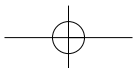


3

Los últimos caballeros de la Triste Figura

Resulta, sin embargo, que desde que acompañé los restos mortales de mi protectora al cementerio y regresé sola a esta casa, mis tiranos se han revelado unos traidores. Mi cuarto, antes habitado por sus mil fantasmas, ahora está desierto; me abandonan precisamente cuando estoy sola sin remedio en esta casa dominada por la muerte. Y si los busco, creo ver en la habitación asolada flácidos cuerpos sin vida en lugar de sus deslumbrantes figuras, como disfraces abandonados en desorden por los actores al final del espectáculo entre los bastidores de un teatro de provincias. ¿Eran estos mis trofeos gloriosos, mis grandes amores? Me siento como un mendigo borracho que, volviendo en sí tras sus propios delirios de grandeza, reconoce los harapos que lleva puestos.

Y ahora que mis fantasías se desvanecen, mis sentidos parecen haberse extrañamente agudizado. Si durante muchos años las cosas presentes o próximas me parecieron remotas y casi apagadas, ahora, en el silencio de mi habitación, percibo voces y ruidos que provienen de las habitaciones lejanas, e incluso oigo conversar a vecinos invisibles, o a gente hablando en corro por la calle. Estas voces atraviesan puertas y paredes, y si bien tratan generalmente



argumentos insignificantes, cobran una gran importancia en mi cabeza.

Cuando la portera me trae la comida, o la pobre criada del piso de enfrente se asoma, logro incluso oír el imperceptible latido de su corazón, y tengo la impresión de leer sus pensamientos como si fuesen míos. Cada cambio de aire o de luz, el levantarse del viento, la caída inesperada de la lluvia, o el calar de la noche, me sacuden violentamente como a un animal irascible, e incluso con los ojos cerrados noto el paso de una nube sobre mi cabeza.

Sé muy bien que eso no implica poseer poder sobrenatural alguno, sino solo que estoy enferma de los nervios. Por las noches no puedo dormir; pero al día siguiente no estoy cansada. Al contrario, se diría que el insomnio, como un misterioso afinador nocturno, los tensase para que vibraran mejor.

En estas noches de vigilia tengo una nueva compañía que ha ocupado el lugar de la mentira: la memoria. Paso la noche entera recordando sucesos del pasado. No solo de mi pasado, y en concreto la infancia y el último año vivido con mis padres, que recupero intacto y vívido como si fuera muy próximo, sino también de su pasado, el de mis padres, y el de mi difunta familia. El único verbo que puedo emplear es recordar; en efecto, todo lo que no sabía de ellos se me esclarece, y vuelvo a recorrer desde el principio sus vidas igual que si fuesen episodios de la mía. Como quien, despertándose de un letargo, reconoce una por una, tras un breve momento de incertidumbre, las circunstancias de su vida real.

Resucita la vieja ciudad meridional en la que nací y viví hasta los diez años. Sus murallas se muestran ennegrecidas y grises por mucho que el sol brille, y solo logro recordarla así, bajo la luz del

mediodía. Casi todos los habitantes, acobardados por el resplandor, visten de negro; las mujeres del pueblo se cubren la cabeza con pañuelos y velos que a veces les ocultan incluso la cara. Y un par de ojos negros, bonitos y escurridizos, miran siempre con ligera desconfianza. Las señoras vanidosas, sin embargo, se engalanan con gran pompa y rivalizan con nuestro sol africano: a su paso la calle se convierte en un teatro.

A veces, esta ciudad me parece el foso del infierno, y otras, al contrario, el jardín del Paraíso terrenal. Y aunque sepa que no se ha desmoronado, que aún permanece en pie, y que su nombre está escrito en el mapa de nuestro país, se me antoja una última Thule, que solo existe en mi memoria. Entre su gente viven eternamente los personajes de mi parentela; sin los ropajes ficticios que mi mentira les prestó, visten casi siempre ropa modesta y raída. ¡Este es mi verdadero linaje! Algún que otro ajetreado comerciante; dos o tres maestras de escuela, con el sombrero medio torcido, las mejillas enrojecidas, la voz ronca; una madre de familia, sucia, el cuerpo deformado y la expresión ardientemente devota; y un par de descoloridos empleados con chaqueta de alpaca negra. No falta tampoco una caterva de pequeños vagabundos, criados y mozos de turistas ricos; ni algún campesino subyugado e hipócrita. Y para acabar, como una sarta de pavos reales en medio de la floresta, vistosos señorones que deambulan entre tal fauna.

Esta es la oscura estirpe de Elisa; estos y otros parecidos, son los heroicos parientes de los que pronto sabrán el nombre y la historia. Uno por uno los reconozco a todos, y todos ellos, como llamas, se encienden de nuevo en mi mente, pero cuatro de ellos sobresalen entre los demás como estatuas entre viandantes anónimos.

La primera es Anna, mi verdadera madre, que por su carácter y por otros motivos que veremos podría llamarse «la noche». En su pequeña mano marmórea luce un anillo de oro adornado por un diamante y un rubí. Reconozco ese anillo cuya luz duplicada resplandeció durante muchos años en mi recuerdo como una lámpara espectral. La última vez que lo vi tenía diez años, y desde entonces entró a formar parte del grupo de fantasmas que me sedujeron. Muy a menudo, estas dos piedras me invitaron a su guarida subterránea, como los minerales sepultados invitan a los buscadores, aunque no me ofrecían riqueza, sino ensueño y nada más. Sin embargo, su poder hechicero sobre mí era tan grande que muy a menudo habría preferido su luz a otra más verdadera, y por su oscuridad habría renunciado al Paraíso.

La segunda es Rosaria, mi madre adoptiva, a la que podría llamar «el día»: en primer lugar por su carácter solar y radiante, y después porque, al haber muerto hace poco, todavía no ha adquirido el semblante de una sombra. El tercero es «el carapicada», cuya cara, si no fuese por las cicatrices que la afean, parece casi un oscuro reflejo de la mía. Y de entre todo este grupo de reaparecidos, él es, seguramente, el personaje más huraño e intratable.

El cuarto es «el Primo», verdadero culpable, y, podría afirmar, inventor de toda la historia y ladino urdidor de todas nuestras intrigas. Oculta la cara, tal vez porque se avergüenza de haberme humillado en el pasado y haber conspirado contra mí; o tal vez porque está tramando una nueva maldad.

Al caer la noche yo también caigo en un sueño ligero, y en sueños me encuentro con las mismas personas y con la misma ciudad de mis recuerdos. Muchos de esos sueños se repiten con detalles casi

idénticos varias noches, pero cuando esta monotonía se rompe soñar algo nuevo y diferente me trastorna mucho más.

Del sueño me llegan voces familiares que interpreto con el tono apremiante de cuando en la época del colegio me despertaban temprano por la mañana, diciendo: «¡Elisa!, ¡Elisa!». Pero al abrir los ojos me parece oír un débil grito de aprensión, y en las primeras luces del amanecer entrever una multitud de seres efímeros que huyen a trompicones del cuarto, como un enjambre de polillas cuando se abre un armario viejo.

Siento que una angustia sutil y perversa se clava en mis entrañas; y a menudo lloro por mi extraña soledad, e invoco los nombres de las personas que amaba.

Así, intranquila, me quedo en la cama hasta que en el edificio se oyen las primeras voces de la mañana, pasos apresurados, golpes de puertas, y de la calle llega el estruendo de los primeros camiones y el campanileo de las bicicletas que llevan al trabajo a los obreros.

Entonces, como si hubiera vuelto a la época del colegio, ya levantada, me siento en el escritorio, y escucho el imperceptible susurrar de la memoria que, recitando recuerdos y sueños de la noche anterior, me dicta las páginas de nuestra crónica pasada; que yo, como una secretaria fiel, escribo.

Esta es, sin duda, la voluntad de los míos. Reconozco, en efecto, en el insistente susurro que oigo, sus múltiples voces, y este libro, en realidad, me lo dictan ellos. Son ellos los que, en corro a mi alrededor, lo susurran. Si levanto la vista, desaparecen; pero si, con astucia, miro de reojo, distingo sus figuras extrañas y borrosas; y en la sustancia transparente de sus caras veo el movimiento febril e ininterrumpido de sus lenguas evanescentes.

Esta es la fuente de la historia que les voy a contar. No trata de gente ilustre; es solo la de una pobre familia burguesa, pero, aunque pueda parecer extraña a veces, es verídica del principio al fin.

Tal vez, reconstruyendo nuestra verdadera historia, podré finalmente dejar atrás el enigma de mi infancia, y toda leyenda familiar. Tal vez mi familia haya vuelto a mí para liberarme de mis brujas, las fábulas. Sabiendo que es suya, y de nadie más, la culpa de haber contagiado a la cuerda Elisa con la mentira, ahora la quieren curar.

Por este motivo obedezco a sus voces, y escribo; tal vez con su ayuda pueda, finalmente, salir de esta habitación.